



Martes

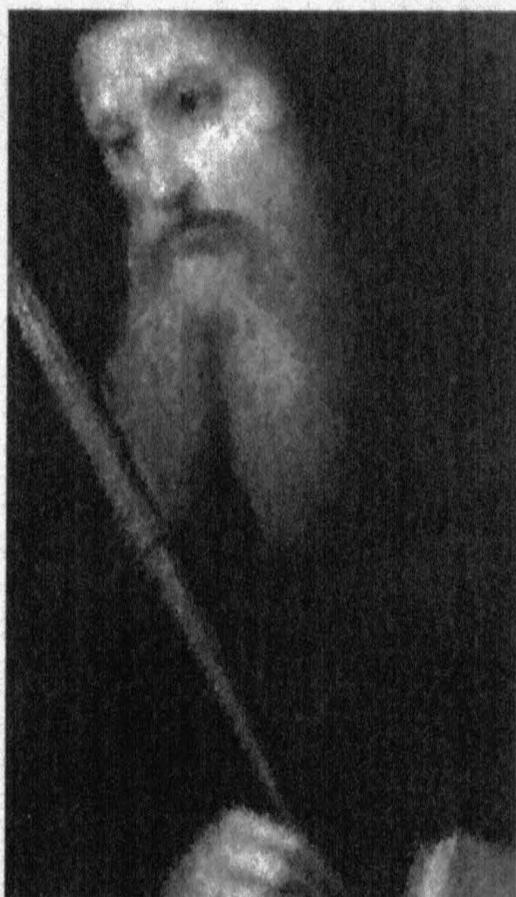
Secundino González

Reflejos de la historia los primeros padres de Europa



La contemplación de la Europa de nuestro tiempo sugiere de inmediato elementos de armonía, entendimiento, cooperación económica y, sobre todo, superados algunos recientes desgarreros, garantía de paz continental. No es inédita esta situación en el desarrollo histórico de este continente que, aunque arrastra desde hace cinco mil años dominaciones y luchas internas, siempre ha mantenido vínculos inequívocos en razas, religiones e iniciativas políticas comunes. Detrás de estos fenómenos de acercamiento salpicados de violencia siempre encontramos personajes que, promoviendo la integración o resolviendo conflictos, han contribuido con mayor impulso a la unidad de Europa.

Cierto es que en algunos casos es el afán de poder lo que movió a algunos al sometimiento y a la tiranía en tiempo curiosamente no tan lejano; nos detenemos, sin embargo, en aquellos de cuyo empuje brota el origen de lo que hoy conocemos como Europa: Carlomagno, Carlos V y los religiosos Bernardo de Claraval y Benito de Nursia. Tras el ocaso del Imperio Romano, Carlomagno sería el primero que vertebró una organización desde la unidad política y religiosa en el siglo VIII. El Imperio Carolingio, que quiso ser el continuador del esplendor romano, se desintegraría poco después, pero su referencia ha perdurado para entender el que hoy llamamos mundo occidental: el impulso científico, el respeto a la ley y la organización social encuentra en este período puntos de partida indiscutibles de permanencia histórica.



Idéntica vocación de resurgir imperial y depositaria del poder acumulado por Roma recaería setecientos años más tarde en el emperador Carlos V; Razones de parentesco colocan a este hombre al frente de los destinos de un continente disgregado y de unas tierras lejanas que ni siquiera llegó a pisar. Aunque sus medios materiales siempre fueron inferiores al compromiso de su política es, sin duda, la defensa del cristianismo la que confiere a Carlos V su dimensión europea y difícil sería concebir la estructuración posterior sin considerar la labor integradora que con tenacidad impulsó el Emperador.

Y nos queda referirnos a dos personajes singulares cuya vinculación eclesiástica impide con frecuencia valorar su dimensión europeísta. Hay que señalar que en los primeros siglos de nuestra era son los monasterios los únicos centros de cultura que realizan un trabajo capaz de atravesar fronteras y que se inscriben en la oración, el estudio y las manualidades. A partir del siglo VI la llamada regla de San Benito de Nursia se extiende por todo occidente y traslada un estilo propio de espiritualidad que afectaría a millares de ciudadanos en países muy alejados dentro de un mismo entorno ya expresamente europeo.

Por último la labor ingente de San Bernardo de Claraval en el siglo XII goza del reconocimiento general de los historiadores. El prestigio de la orden del Cister y del propio San Bernardo supondrá entonces, sin ningún poder de jurisdicción una gran influencia sobre los Papas y los Reyes de Francia, Inglaterra, Aragón y Castilla. Es significativo que un hombre entregado a la causa religiosa tuviera siempre el empuje decidido de unificación de las tierras europeas como soporte de la paz duradera; un criterio que con el discurrir de los siglos cobraría la extraordinaria vigencia, hoy irrenunciable, para

entender el futuro unitario del viejo continente.